

Inauguración de las jornadas de debate  
"Migraciones y comunicación:  
Planteamientos ante la globalización"  
Universidad Internacional de Andalucía  
Sevilla  
1 de abril de 2003

Saludos.

Permítanme que mis primeras palabras sean de reconocimiento a la radio y televisión públicas de Andalucía por convocar este foro de reflexión en torno a un debate que juzgo necesario por la trascendencia social que encarna. Porque nos invita a debatir sobre dos fenómenos –la inmigración y la comunicación– que explican las contradicciones del mundo contemporáneo.

Y por hacerlo, además, en este momento tan delicado para el orden internacional en el que, por la fuerza y al margen de la legalidad internacional, se nos están desmoronando tantos valores y principios que nos identifican como sociedad democrática y como referente de un primer mundo supuestamente civilizado.

La magnitud de la barbarie que se está produciendo en Iraq, a la que asistimos como espectadores impotentes en tiempo real por efecto de la revolución tecnológica, de la globalización mediática que ustedes van a estudiar en estas jornadas, nos ciega cualquier capacidad de análisis sobre ningún otro asunto que no sea la expresión de un rechazo visceral a esta sinrazón. No hay fracaso mayor para la política que una guerra.

Vivimos en un mundo quebrado, desigual e injusto, donde una de cada cinco personas sobrevive con menos de un dólar por día; donde una de cada cien es migrante y una de cada cuatro es analfabeta.

Zygmunt Bauman describe en su libro *En busca de la Política* un panorama tan real como desolador. Sostiene Bauman que “entre los 4.500 millones de habitantes de los países en vías de desarrollo, 3 de cada 5 no tienen acceso a infraestructuras básicas; 1/3 no tiene acceso al agua potable, 1/4 no tienen vivienda que merezca ese nombre, 1/5 carece de servicios sanitarios.

En 70 u 80 de los 100 países en desarrollo, el ingreso medio per cápita de la población es actualmente inferior al de hace 10 e incluso 30 años atrás: 120 millones de personas viven con menos de un dólar por día. Por otra parte, los tres hombres más ricos del globo tienen un patrimonio privado mayor que la suma de los productos nacionales de los 48 países más pobres”.

Concluye Bauman que sacar a los pobres de su pobreza no es tan sólo un asunto de caridad, conciencia y deber ético, sino una condición indispensable (aunque meramente preliminar) para reconstruir una república de ciudadanos libres a partir de la tierra baldía del mercado global”. Ese desigual reparto mundial de la riqueza, en un contexto tan globalizado, alienta los procesos migratorios que ansían esperanza y porvenir.

Y Andalucía, que ha experimentado en estas dos décadas de autonomía una transformación importante, que ha construido en este tiempo una sociedad diversa y heterogénea, que transita ya desde la modernidad a la nueva sociedad de la información y el conocimiento, se ha convertido en un atractivo fundamental para ciudadanos de otros países, que nos eligen como destino vital. Quizá la expresión que mejor simboliza el cambio experimentado por Andalucía en este tiempo es que ha pasado de ser una Comunidad de emigración a una Comunidad de inmigración.

Andalucía no debe olvidar su pasado pluricultural y tiene memoria de haber sido una región de emigrantes. Por eso, esta Comunidad Autónoma no puede ser insensible a los retos que plantea el fenómeno migratorio. Nos hemos convertido en una sociedad de acogida para quienes, huyendo de la miseria o la opresión, buscan aquí una vida más digna. El multiculturalismo y la pluriethnicidad forman parte ya de nuestro paisaje habitual, parte integrante de la sociedad que compartimos, de nuestro patrimonio cultural.

Sin embargo, la dimensión de su impacto nos exige responsabilidad. En primer lugar, a los poderes públicos. He dicho en alguna ocasión que la política de inmigración debe ser considerada como una parte esencial de la política de la Unión Europea. La única salida razonable para abordar una situación que nos ha desbordado pasa por construir un gran consenso político y social que permita homogeneizar las respuestas a dar desde cada uno de los Estados miembros de la Unión Europea.

Nos exige renunciar a la confrontación política a nivel estatal porque, igual que va a marcar la agenda europea de los próximos años, va a condicionar fuertemente los niveles de convivencia en España en las próximas décadas. Es preciso, pues, abordar la inmigración como una cuestión que sea objeto del mayor consenso posible entre las fuerzas políticas.

Es preciso mejorar también los instrumentos de cooperación entre el Estado y las comunidades autónomas para garantizar una coordinación eficaz. Y, como administraciones más directamente afectadas, los ayuntamientos están llamados a desempeñar un papel más activo en la integración real de los inmigrantes en el tejido social andaluz.

Y en segundo lugar, esa responsabilidad atañe también a los medios de comunicación social. Asistimos a una distorsión del fenómeno migratorio, cuya base –no debemos olvidar- se encuentra en la pobreza y en el deseo de progreso. El volumen de la población inmigrante representa el 3% del conjunto de España, frente al 6% de países de nuestro entorno como Francia o Alemania. Y de ese 3%, Madrid absorbe el 28% de toda España, seguida por Cataluña con un 24% y Andalucía, en un tercer lugar, con un 15%. El volumen de población inmigrante supone así apenas el 2% del conjunto de la población andaluza.

Hay que recordar que el grueso de los flujos inmigrantes entra en España a través de los aeropuertos de Madrid y Barcelona y que apenas el 10% opta por la dramática vía de las pateras. Sin embargo, asistimos a una peligrosa sobredimensión del problema. Los discursos contruidos desde el Estado, amplificadas por su repercusión mediática, alimentan los estereotipos que entorpecen su posible integración en nuestra sociedad y de paso contribuyen al mantenimiento de una política restrictiva en torno a la inmigración.

Aparece la inmigración en nuestras vidas como una amenaza contra nuestra identidad. Va calando en el imaginario social la idea de la inmigración como un problema que acarrea graves dificultades sociales, económicas y culturales. Surge la dicotomía ciudadano-extranjero. Peor, la dicotomía inmigración-inseguridad. Se disparan las alarmas de criminalidad, delitos y tráfico de drogas. Se instala el desorden, el conflicto. Se abona el terreno para la xenofobia. Y crece un rechazo social que conduce, lamentablemente, a la criminalización de los inmigrantes.

Es evidente que la proyección distorsionada de esa realidad produce un impacto negativo que no sólo perjudica el crecimiento económico de Andalucía, sino que daña su desarrollo como sociedad. Frente a la creciente estigmatización de los colectivos de inmigrantes, alimentada por la complicitad de los tópicos y la desinformación, hay que desnudar la realidad y abordar la inmigración como lo que es: una contribución imprescindible para el mantenimiento de nuestro modelo social. Sin ignorar los problemas, pero sin dramatizarlos.

Por eso, apelo a la responsabilidad de los poderes públicos y de los medios de comunicación -en la medida en que son responsables del modo en que los inmigrantes son percibidos en la sociedad- para restablecer la realidad del hecho migratorio; su inestimable contribución al desarrollo económico y social de España y Andalucía, su cualidad de garante de

bienestar para nuestras generaciones como potencial que encierra para sentar las bases de una convivencia más enriquecedora y civilizada.

Hay que hacer un ejercicio de pedagogía democrática para sensibilizar y concienciar a la población en torno a un futuro, que es ya presente, más multiétnico y multicultural. La tolerancia, que ha presidido estos 25 años de Constitución, debe seguir siendo el mejor medio para asumir ese nuevo modelo social más diverso y más plural.

Si aspiramos a ser una sociedad plenamente abierta, debemos apostar por el diálogo, la tolerancia y la convivencia entre las distintas culturas asentadas o por asentar en nuestra Comunidad Autónoma, incentivando la educación en los valores de la solidaridad y la integración.

Sin más límite que el respeto escrupuloso a la Declaración Universal de los Derechos Humanos y a los valores consagrados en nuestra Constitución, porque son principios a los que no debemos renunciar, ya que sustentan y forman parte del acervo civilizatorio.

Si queremos distinguirnos como una sociedad inclusiva, debemos seguir apostando por la cohesión social, evitando cualquier situación de exclusión o marginación.

Ese talante, que nos define como pueblo, nos ayudará a construir una Andalucía más justa, solidaria, moderna, vertebrada y responsable. Porque mientras existan desigualdades en el mundo y una gran parte de la humanidad siga condenada a la miseria seguirán existiendo razones para emigrar y las sociedades avanzadas seguirán recibiendo el impacto de los flujos migratorios.

Nada más. Les animo a que reflexionen, debatan y formulen propuestas para contribuir, entre todos, a construir una sociedad más justa. Muchas gracias.

Quedan inauguradas las jornadas de debate sobre "Migraciones y Comunicación: Planteamientos ante la globalización".

## PRESENTACIÓN DE D. IGNACIO RAMONET

De ese mundo globalizado al que acabo de aludir sabe mucho la palabra privilegiada de Ignacio Ramonet, una de las voces más lúcidas que se alzaron en Seattle, en la cumbre de la Organización Mundial del Comercio en 1999, y pilar esencial del Foro de Porto Alegre, creado en 2001 en respuesta a Seattle. Este analista incansable es, sin duda, una voz autorizada del movimiento antiglobalización.

Ramonet es gallego, de origen catalán. Sus padres, un sastre y una obrera de una fábrica de cepillos, emigraron de Redondela en 1945 por motivos económicos y políticos. Se instalaron primero en Mequinez y luego en Tánger, donde vivió hasta que marchó a Rabat a estudiar Ingeniería con una beca de Naciones Unidas. Allí impartió clases en el Colegio Real al actual rey de Marruecos. Especialista en Geopolítica y Estrategia Internacional, doctor en Semiología y en Historia de la Cultura por la Escuela de Altos Estudios de Ciencia Sociales de París, profesor de Teoría de la Comunicación Audiovisual en la Universidad Denis-Diderot de París, el currículum de Ignacio Ramonet refleja con pulcritud su compromiso con la investigación y el conocimiento y su lucha infatigable por la libertad.

A los 29 años, comenzó a colaborar en *Le Monde Diplomatique* y en 1990 se convirtió en el primer español que dirige esta institución de la intelectualidad francesa con más de 20 ediciones extranjeras, más de 1.200.000 ejemplares y más de 3.000 colaboradores en todo el mundo.

Desde esa atalaya periodística, Ignacio Ramonet inspiró el movimiento antiglobalización en diciembre de 1997, a partir de un editorial titulado "Desarmar los mercados", en el que proponía la creación de una Organización No Gubernamental llamada ATTAC, Acción para una Tasa Tobin de Ayuda al Ciudadano.

Quería construir Ramonet una ONG financiera que respondiera a una mundialización eminentemente financiera marcada por la OMC, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la OCDE. Y así se constituyó ATTAC en junio de 1998, con presencia en una treintena de países y ramificaciones regionales como la de Andalucía. Su obsesión: acabar con la especulación gravando todas las transacciones con divisas. Esa tasa, ideada en 1972 por el profesor James Tobin, Premio Nobel de Economía en 1981, proporcionaría, según sus cálculos,

dos veces la suma anual necesaria para erradicar la pobreza extrema en tres años. A ese empeño ha dedicado todo su esfuerzo intelectual el profesor Ramonet en los últimos años.

En este momento dramático en el que la guerra se impone a la política y las armas a las palabras, su pensamiento brota como un halo de esperanza, como un necesario grito de paz, justicia y libertad. Gracias, profesor, por compartir esta lección con nosotros en estas jornadas de debate sobre Migraciones y Comunicación: Planteamientos ante la Globalización, que declaro inauguradas.

Muchas gracias.